VERDAD, FICCIÓN Y ESTILO LITERARIOS EN EL PENSAMIENTO DE JUAN BENET

ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO
(UNIVERSIDAD DE GRANADA)

"Lo que sí me importa es que la gente tenga un sistema de pensamiento que sea uniforme y sólido. Todos aquellos a quienes he admirado más pensaban muy sólidamente"

Juan Benet

Introducción

La fundamental cuestión de la literatura como conocimiento (vs. literatura como comunicación, que defendían los primeros escritores sociales) que se pasea a lo largo y ancho de la segunda mitad de los años cincuenta proyectándose en las décadas posteriores (v. Chicharro, 1986), no se agota en el discurso neorrealista dominante en la España de ese tiempo, sino que abarca también otras formas de escritura literaria, y en consecuencia otras formas de esencial discurso reflexivo paralelo, abiertamente hostiles en principio para con aquél. Juan Benet resulta en este sentido un escritor de claro interés no sólo por lo pronto que replantea tal cuestión en función de intereses en principio sólo literarios, sino también por la incidencia que tal planteamiento básico va a tener en su concepción de la ficción y estilo literarios, así como del discurso literario en relación con el discurso científico en general, lo que entra de lleno en los intereses cognoscitivos de este nuestro sexto Congreso.

La presente comunicación tiene un interés añadido por cuanto no sólo se ocupa de la exposición y breve comentario de una particular concepción de tan principal cuestión metaliteraria y principio estético literario regulador de un sinfín de creaciones, sino que también lo hace acerca de un escritor clara y, al menos, cuantitativamente desatendido por la crítica si se tiene en cuenta la complejidad e interés literarios de su obra de lo que no podemos hablar ahora suficientemente. La aproximación de la que voy a dar resumida cuenta, pues, se hace a partir de la atenta

lectura de las publicaciones teóricas y críticas de Benet, tales como *La inspiración y el estilo* (1965 y 1973, la segunda edición), "Ética, noética, poiética" (1970a), "Cordelia Khan" (1970a) y "La deuda de la novela hacia el poema religioso de la antigüedad" (1978), entre otros, y sus prólogos a su apreciado Faulkner (1970b) y a Sánchez Ferlosio (1970c), sus polémicos artículos-cartas abiertas, entrevistas y otros escritos sueltos, de los que doy cuenta en la lista bibliográfica final.

Voy a intentar ofrecer un mapa a gran escala de las ideas literarias de Benet ordenado éste de acuerdo con un marco metateórico que vaya de lo general a lo particular y guarde cierta trabazón lógica (no me detengo en consideraciones preliminares de tipo teórico sobre la ficción en general por no hinchar en exceso el texto y por existir recientes estudios españoles en los que el lector puede introducirse, tales como los de Albaladejo, Pozuelo y Cabo [1]). Proceder de esta manera me obliga a restar protagonismo a sus ensayos y demás escritos por sí mismos considerados por cuanto la lectura de los mismos ha estado orientada a rescatar y a extraer de ellos aquellas reflexiones que en cada momento más interesaban a ese objetivo manifestado. Los objetos metateóricos de nuestro interés son: ¿Qué piensa Juan Benet de la relación entre literatura y saber, así como de la especificidad del saber literario en relación con el saber científico? ¿Cuál es su concepción básica de la literatura? ¿Qué piensa de los géneros y tipología literarios y del problema de la ficción?. Estas son algunas de las cuestiones que quiero presentar en principio con cierta asepsia descriptiva, lo que no impidirá en cualquier caso efectuar ciertas valoraciones en su oportuno momento.

Sobre la literatura y su relación con las disciplinas científicas y literarias

En un capítulo de *La inspiración y el estilo* (1973: 115 y ss), el dedicado a George Eliot, se refiere Benet a las disciplinas humanas en general y a la filología en particular que, en proceso análogo a lo que ocurre con las artes, soportan la división del trabajo y la especialización que vive la sociedad de los siglos XIX y XX, lo que está generando, piensa, una estructuración de la cultura en un número infinito de ciencias que reclaman para sí un terreno propio cuya jurisdicción estaba encomendada desde antiguo a una actividad demasiado vaga y amplia. Este proceso explica la decadencia en que ha entrado la filología, el viejo imperio literario hoy en trance de desaparición, razona, del que han surgido "otras tantas profesiones que reclaman para sí una vida, una economía y un gobierno propios. No hace ni siquiera un siglo todos los hombres de letras - desde el novelista hasta el crítico, desde el biógrafo hasta el sociólogo, desde el psicólogo hasta el gramático o el lingüista- profesaba su arte o su ciencia bajo una misma bandera, que hoy ha sido arriada en todos los ateneos y que sólamente es venerada como símbolo de una única herencia cultural" (Benet, 1973: 124).

En este y en otros escritos suyos, se refiere a la relación que puedan guardar determinadas disciplinas científicas e incluso las disciplinas literarias con la literatura misma. El planteamien-

1 Tomás Albaladejo, *Semántica de la narración: la ficción realista* (Madrid, Taurus, 1992); José María Pozuelo Yvancos, *Poética de la ficción* (Madrid, Síntesis, 1993); y Fernando Cabo Aseguinolaza, "Sobre la pragmática de la teoría de la ficción literaria", en Darío Villanueva (comp.), *Avances en teoría de la literatura (Estética de la recepción, pragmática, teoría empírica y teoría de los polisistemas)*, Santiago de Compostela, Universidad, 1994, 187-228.

to de esta relación se debe al hecho de que, para Benet, tanto las ciencias humanas como la literatura ofrecen un específico saber de la realidad, si bien con procesos productivos y funciones final y absolutamente divergentes. Como ahora después veremos con el necesario detenimiento, nuestro escritor participa de la antigua y muy extendida concepción de la literatura que la da como acto tanto de fruición como de conocimiento. Pero conozcamos sus razonamientos al respecto. Los más extensos recorren las páginas de "Un ensayo: la deuda de la novela hacia el poema religioso de la antigüedad", una suerte de interpretación del sentido primero y último del arte literario y su relación con los diferentes procesos históricos de implantación de la categoría de la razón y sus consecuentes efectos por lo que respecta a la constitución de dominios científicos y de cambios en la actitud de recreativa a docente en muchos escritores. Antes también lo había hecho, como digo, en *la inspiración y el estilo* (1973: 126) donde ya establece la distinción entre literatura y ciencias literarias sólo por la intención de no ser y ser, respectivamente, informativas. A partir de aquí, se produce la emancipación de las ciencias literarias. Pues bien, sus razonamientos últimos, que denotan la tensión entre su faceta de científico, recordemos su profesión de ingeniero de caminos, y la de creador literario, no tienen desperdicio apuntando en todo caso en favor del discurso literario como superior actividad del hombre, hombre que es sujeto constante y ubicuo de la literatura y actividad que resulta religiosa, si entendemos este adjetivo en un sentido no torpemente estrecho. Esto explica que en una entrevista (Nolens, 1981: 11) Benet contrapusiera la literatura con una actividad científica como la ingeniería en el sentido de que aquélla no guarda relación con la cantidad de conocimientos adquiridos, sino con la capacidad de proyectarlos hacia planos nuevos. Estos planteamientos de Benet explican también que se sienta "ofendido" -esa es su expresión- por el desprecio contemporáneo de las letras y el excesivo desarrollo de las disciplinas científicas derivadas de ellas: "De las letras en cuanto artículo artístico cada vez se ocupan menos personas -y con mayor vergüenza- apremiadas a no perder un tiempo -concluye diciendo Benet (1970b)- que deben dedicar a la lingüística o la sociología".
La literatura, razona Benet, nunca pretendió adentrarse en las áreas que son objeto de las ciencias humanas. Nunca pretendió ser ni filosofía, ni historia, ni psicología ni sociología, disciplinas estas que se ocupan de elaborar paso a paso el conocimiento de las cosas habituales y repetitivas, mientras que la literatura centra su interés en vislumbrar lo que está más allá de los sentidos, un objeto invisible, lo que explica que el poeta contemple con desdén el esfuerzo de la ciencia, pues aquel entiende al hombre como un enigma. No obstante, debido a las condiciones materiales de vida existentes, la pérdida de influencia social de la literatura ha ido en beneficio del crédito concedido a la ciencia al ocuparse ésta por la subsistencia colectiva de la humanidad, algo que nunca ha preocupado al espíritu. Así, frente a lo que ocurre en el dominio de la ciencia y frente al pensamiento explicativo de orden científico, la literatura apenas si ha alterado sus propios límites originales y, en tanto que actividad de deleite, no ha necesitado justificaciones ni reflexiones del tipo de la filosofía del arte, ya que "el poeta de la antigüedad prefirió perder el puesto rector del pensamiento social" antes que incluir unas ideas comunes a toda la humanidad, por cuanto éstas han sido punto de partida de la filosofía y de la ciencia, ideas generadoras además de un sucedáneo de actividad literaria, la crítica.

Una diferencia radical más consiste en que, en contraste con la literatura que sólo mira al hombre circunscrito por la muerte incapaz de alcanzar el misterio cualquiera que sea el progreso del conocimiento, el pensamiento emana de la razón para alcanzar la condición humana y extenderse hasta los límites que la hipotecan y flanquean. A la literatura no le interesa lo transmisible y común, sino lo que muere con el sujeto particular de su narración, lo efímero. La condición de finitud es su objeto y la hace cumplir su función memorial. La muerte es la frontera que separa la

literatura del pensamiento. En la literatura, que carece de evolución y es siempre ella misma, no hay ni escuelas ni corrientes ni parentesco ni progreso. Es el "saber" el que establece en todo caso tales categorías en provecho exclusivo suyo. Distingue Benet, pues, radicalmente entre literatura y saber, ocupándose de ese saber que no añade gran cosa al mundo del arte, con lo que su actitud en contra de la crítica[2] no es consecuencia de ciertas veleidades de escritor sino que arraiga en su concepción básica del fenómeno literario. Por último, establece otra diferencia entre literatura y ciencia: la literatura nace más de ese espíritu no intelectual que conoce el objeto sin crear distancimientos ni separarse del destino del hombre que de la actitud científica.

Alguna de estas ideas básicas, como he afirmado, ya está presente en su primer ensayo, así como en "Epica, noética, poiética", donde insiste en la negación de todo progreso posible en el terreno del arte, esto es, dicho en forma positiva, afirma su unicidad y originalidad radicales, y apunta sus diferencias con respecto a la ciencia en tanto que ésta sí procede tanto basándose como arrinconando y superando lo anterior: "Al revés de la ciencia toda obra de arte deja el mundo como estaba, enriquecido con un añadido pero no más avanzado porque el progreso artístico (concepto ya de por sí contradictorio) sólo condiciona los métodos y estilos del arte, pero no su problema de origen que sigue y seguirá siendo el mismo" (1970a: 40). Un escritor no puede seguir donde lo dejó un gran creador. Tiene que plantearse todos los problemas como si nunca hubiera pasado nada. De ahí que rechace por ociosa, intrascendente y supérflua una literatura basada exclusivamente en la experiencia cultural, una literatura culturalista, y no en la experiencia de la naturaleza. De ahí, pues, que termine uniendo literatura y vida (v. Nolens, 1981: 9-10).

Estas consideraciones expuestas explican que Benet rechace toda erudición y el pasar por la cultura de la cultura (1976: 11) y la función descriptiva y didáctica propia de la crítica (1973: 23) a la hora de escribir sus ensayos, primándolos en su dimensión cognoscitiva más netamente literaria, ensayos que vienen a ser fruto del privilegio que concede la poesía a los hombres que la practican en el sentido que dictan sus siguientes palabras: "Sólamente la poesía concede al hombre que la practica -dice (1976: 11)- el nada desdeñable privilegio de capacitarle para tratar los temas de su interés sin tener que pasar precisamente por toda la cultura que la humanidad ha atesorado acerca de ellos. Tal vez por eso sea la poesía la actividad más culta de todas las posibles y de ahí ese extraño e incontestado poder del poeta –cuando las cosas le salen bien– de volver patas arriba el saber acumulado y excitar con su obra esa actividad que en buena medida ha desdeñado y pasado por alto". Queda ratificada la separación radical que establece entre literatura y saber científico y erudito al tiempo que le reconoce a la misma una función cognoscitiva autónoma y actuante.

Sobre la benetiana concepción básica de la literatura y derivaciones de esta concepción

Después de todo lo dicho anteriormente, podemos aislar y comprender más fácilmente su concepción de la literatura. El esfuerzo e inteligencia de Benet, toda su razón literaria, se han puesto al servicio de, al menos, acotar un dominio acosado por elementos y aspectos irraciona-

2 La razonada aversión radical de Benet por la crítica literaria y por lo que él, con originalidad, llama la mentalidad crítica que afecta tanto a críticos como a escritores y lectores, puede verse en escritos suyos como el incluido en *Literatura y educación*, editado por Fernando Lázaro Carreter (1974). En *La inspiración y el estilo* (1973: 177), destila también alguna severa sutileza sobre la crítica académica y, en distintos lugares, sobre la que él ha recibido. Por supuesto que no se escapa de la quema la crítica de urgencia en una de sus largas entrevistas (Merino, 1983).

les, difícilmente comprensibles. Estamos, no lo olvidemos, en el espacio del metatexto, un espacio reflexivo esencial, vinculado estrechísimamente a una práctica literaria. Tanto es así que cuando alguien le hizo la consabida pregunta de qué es la litertura (Núñez, 1969: 18-19), nuestro escritor le respondió del siguiente modo: "Pero la pregunta que me haces es una constante en la vida del escritor, no admite respuesta. Todos haremos nuestra pequeña literatura y nadie habrá respondido a la pregunta. A veces piensas que has logrado develar ese interrogante, ese misterio; pero si lo hicieras de un modo total, agarrarías la puerta y te irías; no escribirías. Yo creo que esa pregunta no tiene contestación". Ciertamente, esa pregunta no tiene una respuesta clara y concisa por parte de Benet, aunque casi toda su labor ensayística no haya sido otra cosa que un intento de responder larga y tendidamente a tal cuestión fundamental de la que, a su manera, establece ciertos límites y fronteras.

Para Benet, la literatura es conocimiento -su prólogo a Faulkner no deja la menor duda de ello- y la literatura es al mismo tiempo el estilo. La literatura es una manera de inventar la realidad y el estilo, un instrumento en este sentido (1973: 179). Ahora bien, es un conocimiento de distinto tipo al obtenido por vía científica, tal como apuntamos con anterioridad. Así, en *La inspiración y el estilo* (1973: 108) afirma lo siguiente: "El estilo de un escritor constituye una categoría (o una conciencia) distinta de la del conocimiento y que tan a menudo la envuelve que la razón es sólo un momento muy particular de aquél. Quiero decir con eso que el escritor se encara con el mundo que le rodea menos mediante una ciencia cognoscitiva que gracias a una estilística que es la que le dicta la imagen general del universo y la que define, con particular precisión, aquellas áreas del mismo que deben ser abordadas con el conocimiento". El estilo es, pues, una vía de conocimiento, una manera cualitativa de conocer, un instrumento que faculta para la descripción cabal del mundo y para sacar a la luz lo que bulle en la cabeza del escritor, viniendo a responder a las preguntas que un día elevaba el escritor a la divinidad, cuyas funciones se ha subrogado el hombre (1973: 38). La literatura y la vía del estilo constituyen finalmente para Benet (1978: 28) "un artificio con que el hombre más consciente, incapaz de sustraerse al mundo del error y la finitud, elude la tentación a la verdad mediante la sumisión a lo mortuorio".

Ahora bien, si el estilo tiene tal importancia para Benet, conviene preguntarse en estos instantes qué entiende más concretamente por el mismo. Pues bien, en su citado ensayo deja escrito lo que sigue (1973: 157): "Acerca del estilo nunca ha sido posible -y no lo va a ser ahora- hablar con precisión y generalidad (...) se le ha asimilado siempre -en una u otra época- con la personalidad y el sello propios (...) se ha hecho con él lo que se ha hecho con el hombre: definirlo lo menos posible y caracterizarlo hasta la saciedad (...) Se puede imaginar que el estilo no es otra cosa que el resultado de unas condiciones sin par –personalidad, rasgos de carácter, sedimentos de la educación, sublimación de una vocación o de un quehacer– aplicados al cumplimiento de una función". El estilo además, dice después *(ibidem:* 158), no es cosa racional, puesto que la razón ha sido incapaz hasta ahora de inventar un instrumento de medición del mismo[3].

---

3 Estrechamente vinculada a estos planteamientos globales, encontramos lógicamente su explícita concepción de lo que pueda ser las creación literaria. En su entrevista publicada en *Los Cuadernos del Norte* (Merino, 1983: 34), Benet expone que la creación literaria, que en principio puede provenir del acto más nimio, comporta un oficio y supone una tradición. En primer lugar, la creación supone un qué, derivado de una compulsión, basado en una experiencia propia -no se olvide la relación que establece entre literatura y vida-, lo que la convierte en un acto casi fisiológico. Pero ese qué se desarrolla y toma forma en un cómo que puede estar condicionado por una tradición

Sobre tipología, géneros, corrientes y algunos procedimientos literarios y su relación con el problema de la ficción

Conocida su concepción de la literatura como un acto de fruición, de verdad y de conocimiento, lo que lo hermana con muchos otros escritores del medio siglo más allá de lo que a simple vista puede observarse, y planteada su relación con el discurso científico en general y científico literario en particular, voy a exponer algunas de sus reflexiones sobre la ficción literaria en un sentido más concreto, lo que me obliga a referirme a sus ideas sobre géneros y tipología literarios, pues es a este propósito donde se deslizan algunas conclusiones de interés sobre lo que pueda ser la ficción literaria.

Juan Benet se pronuncia (1973: 125), como suele ser frecuente en él, con tanta rotundidad como pragmatismo y claridad mental sobre la debatida cuestión de los géneros literarios. Así, ante el problema que suele representar la determinación y correspondiente definición de los géneros y ante la doble actitud que se puede mantener al respecto, o decidirse por un número indefinido o suprimirlos todos, nuestro escritor se pronuncia por la vía de la supresión por cuanto "casi todas las categorías de valor implícitas en el concepto de género aplicado a la obra de arte sirven de bien poco y sólo aprovechan con frecuencia para establecer un didactismo basado en valores superficiales y engañosos".

En su libro *Puerta de tierra,* una colección de inteligentes y variados ensayos, incluye algunas reflexiones sobre las diferencias que puedan existir entre épica y lírica a partir de la necesidad de hallar larga, compleja, culta e insólita explicación de un hecho anecdótico y peregrino de raíces infantiles. Las conclusiones a que llega nuestro ingeniero de la palabra (1970a: 42-43) son las siguientes: la épica narra acontecimientos extraordinarios nunca vistos por el poeta, acontecimientos de raíz imaginaria sin semejante posible, humanamente incomprensibles desde la experiencia o sobredimensionados con respecto a la experiencia de los hombres, con la decisiva ayuda de la Musa, a la que definitoriamente todo poeta épico apela. Tal apelación ha quedado ya como un introito del poema, aparezcan o no las musas. Lo narrado no está sometido, pues, a la exactitud que obliga a la crónica, sino a la verosimilitud que permita comprender en todo caso al lector la proporción existente en los hechos épicos y lo hechos humanos. La metáfora tiene, pues, en la épica su origen, dice *(ibídem:* 22-23), ya que el poeta mediante la asociación de dos planos se ve obligado a ofrecer al lector la escala de referencia entre lo fabuloso que se describe en la obra y lo que el lector conoce. Ahora bien, por lo que respecta a la diferencia entre épica y lírica, Benet afirma que, mientras que el poeta épico ha de explicar lo imaginario-desconocido para dotar al lector de medios comprensivos, el poeta lírico recurre a elementos tan conocidos que su descripción es contraproducente: el épico es el narrador de lo nunca visto y el lírico lo es de lo común, aunque persigan ambos ocupar con su obra un puesto en el mundo del arte, haciéndolo con el empleo a su vez de dos procedimientos: uno, hacer de lo extraordinario algo inteligible,

---

cultural. Ahora bien, si seguimos en esta dirección hallaremos que creación e inspiración se implican, habiendo constituido esta última cuestión objeto de una larga reflexión por su parte que la vincula finalmente al estilo, lo que da título a su conocidísimo libro, aunque éste sea el elemento crucial literario y termine tirando de aquélla que por sí sola no sirve para crearlo (Benet, 1973: 23) al aportar en lenguaje formal sólo una mercancía breve, incompleta y circunstancial *(ibídem:* 45). De todos modos, se ocupa de hacer ciertas calas históricas en lo que haya podido ser y sea la inspiración, preguntándose dónde radica su fuerza y definiéndola como aquel gesto de la voluntad más distante de la conciencia que puede brotar cuando en el escritor existe un cierto estado de tensión creado por la voluntad con una cierta independencia respecto al conocimiento.

con el empleo de la metáfora; el otro, hacer de una cosa ordinaria otra extraordinaria, con el empleo de la hipérbole que compara lo común a lo extraordinario.

Sobre la novela: A la hora de establecer su concepto de novela, Benet *(ibídem:* 124; v. también Merino, 1983: 37) lo hace mediante un breve comentario crítico de la definición que ofrece el Diccionario de Oxford -"una obra de ficción, en prosa, de ciertas dimensiones"-, pues tal definición le parece vaga, general e incompleta al servir para caracterizar lo que es la obra literaria más que para acotar lo que pueda ser la novela. En este sentido, la obra literaria queda definida por su ficcionalidad y queda diferenciada por sus dimensiones. Sin embargo, Benet manifiesta que no todo lo que es ficción es literatura ni toda la literatura tiene que ser antes que otra cosa ficción.

Este género ha llegado a absorber en la actualidad, expone Juan Benet (1973: 123), a casi todos los demás géneros literarios, incluyendo en su haber casi todo el arte de las letras de los últimos cien años, con exclusión de la lírica. Este género nuevo es la consecuencia, sigue razonando nuestro escritor, de la simplificación y liquidación de otros géneros; de la concentración de sus límites y reducción y fortificación de sus fronteras como respuesta a la presión de otras disciplinas sólo parcialmente literarias; el género novela es consecuencia también de la liberación de las normas y de la supresión de reglas con objeto de conseguir una producción más rica y múltiple (Benet, *ibídem).* De esta manera, la novela en cuanto género abierto, difícilmente clasificable por tanto, va a asegurar la especificidad de la literatura al incorporar los modos narrativos cualesquiera que estos sean y al perder su interés sustantivo por los hechos narrados, esto es, al decantarse por los valores artísticos que pone en primer plano y no por otro tipo de valores y funciones informativas subsidiarias. Está claro que Benet vuelve a poner en primer plano la vasta categoría del estilo, en tanto categoría abarcadora de lo que en narratología llamamos discurso, despreciando su interés por la historia(4). Está primando una vía formal-literaria y negando la contenidista. Benet defiende así tanto la novela como la literatura que no se deja avasallar por el afán docente, que cultivan su estilo, lo que asegurará su vida literaria futura, estilo que es una manera cualitativa de conocer: "La cosa literaria sólo puede tener interés por el estilo, nunca por el asunto" (Benet, *ibídem:* 135). Aquí hunden, pues, sus raíces las posiciones antirrealistas de Benet y la diferencia fundamental que establece entre una concepción de la literatura como actividad cognoscitiva realista, con sus funciones sociales subsidiarias(5), que ha calado durante decenios cierta estética marxista por ejemplo, y una concepción de la literatura también como actividad de conocimiento, aunque literario. Estos razonamientos de Benet explican que haga hincapié, eso sí, normativamente en la fórmula del éxito literario: "Y ahora a lo que voy -dice *(ibídem:* 137-138)-: yo creo que la novela informativa, la novela docente, es una mezcla inestable en el tiempo porque tarde o temprano el componente de información se evapora, para dejar un residuo que sólo puede tener sabor literario. La única fórmula capaz de asegurar la estabili-

4 No sólo se trata de una reflexión teórica. Benet la lleva a la práctica hasta el punto de que María Elena Bravo afirma (en Kathleen Vernon, ed. 1986), no sin acierto, que Benet busca y logra dar cuerpo a una obra artística cuyo objetivo es la investigación de la potencia creadora del discurso; la novela pasa así a ser un medio de investigación de su propia esencia.

5 Benet se despacha a gusto sobre las cuestiones de la literatura social-realista y el compromiso político, etc. en "Respuesta al señor Montero" (1970e). Asimismo lo hace en sus declaraciones a M. Roig (1975: 25-26): "Lo mejor que se puede hacer es no tener posiciones. Disimuladamente estoy creando una doctrina de la literatura no comprometida. Porque a un ingeniero no se le dirá: "Oiga, vamos a hacer un hormigón marxista". En definitiva, el literato no se define por sus ideas. Si se define de alguna manera es por la ambigüedad de sus ideas. Conozco pocos casos que tengan una posición doctrinaria convincente y hayan hecho avanzar la literatura"

dad es la de fijar indisolublemente aquel componente volátil al residuo, para constituir una única molécula organizada alrededor de la estructura artística. Eso quiere decir que el interés no puede radicar en la información en sí (...) sino en aquel estilo narrativo que haga permanentemente interesante un conocimiento que ha dejado de tener actualidad".

Sobre el costumbrismo-realismo: Benet se ha referido despectivamente a este tipo de escritura realista ya en sus primeros ensayos, constituyendo una constante a lo largo de su producción. Así, *La inspiración y el estilo* debe su origen entre otras motivaciones a la necesidad que se plantea de indagar la razón por la que desapareció de nuestra lengua el *grand style* para dar paso al costumbrismo. El hecho de que titule el capítulo cuarto de este libro "La entrada en la taberna" es todo un síntoma al respecto, así como el hecho de que buena parte de sus reflexiones se orienten a justificar la pérdida en España, a partir del XVI, de ese gran estilo, lo que ha tenido como consecuencia que los escritores españoles se alimenten de un sentimiento popular y castizo, así como que se cambie la grandilocuencia por la sorna, el entusiasmo por el efectismo y se recurra a la prosa y a la novela para las gracias -no la gloria- de las ventas castellanas. Pero si esto ocurrió ya tan tempranamente en nuestra literatura, la tendencia costumbrista ha durado hasta el tiempo inmediato a Benet. Por eso se refiere a la novela de su momento, de la que salva parcialmente *Tiempo de silencio,* esto es, de finales de los años sesenta, como una novela a la que le falta imaginación, se encuentra muy sujeta a la vida cotidiana y no sale de cierto costumbrismo muy romo (Núñez: 1969). De ahí que, a raíz de un prólogo puesto a la primera novela de Sánchez Ferlosio, *Industrias y andanzas de Alfanhuí* (Benet, 1970c), señalara la imaginación como el "lugar" donde sólo se puede encontrar la exactitud del poeta, despreciando las descripciones realistas, con su exactitud de detalles, al modo como escriben los hombres de ciencia.

Esta radical crítica del realismo halla en la figura de Galdós su concreción más importante. Su a la postre razonado rechazo es tal que declara a Antonio Núñez *(ibídem)* que cambia "todo Galdós por una novela de Stevenson". Las razones son variadas y se comprenden de inmediato a la luz de sus concepciones literarias ya expuestas. Algunas de las manifestadas son las siguientes: Galdós no es motivo de gozo para la clase culta, no ha inspirado al escritor posterior, siguió el modelo "sociológico" de Balzac y de Zola, ocupa un lugar encumbrado por razones extraliterarias y fue un escritor limitado al subordinarse a unas ideas muy claras sobre literatura (Benet: 1970d).

Termino ya. Queda, pues, clara su concepción de la literatura como mostración de lo real, como un acto de verdad y conocimiento de la realidad en sus dimensiones efímeras e irrepetibles. Queda clara también la raíz mítico-religiosa de esta concepción (Rodríguez Padrón, 1979) y la contradicción palpable en que entra al afirmar desde sus reflexiones filosófico-estéticas la imposibilidad de una filosofía del arte literario. Asimismo, debemos reparar en que su defensa de la unicidad y originalidad de la obra de arte es excesiva porque niega dialécticamente la unicidad y originalidad de todas y cada una de las prácticas humanas restantes, virtuales objetos reales de la actividad cognoscitiva científica. Dado que su teoría es esencial, comprendemos su toma de partido teórico en beneficio de su propia obra y en contra del realismo. Ahora bien, su antirrealismo no debe ser interpretado como un rechazo de la verdad literaria, que cristaliza una realidad de otro modo inasible, nutriéndose en la ficción, lo que explicaría el agudísimo título con que el desaparecido Ricardo Gullón (1973) abría su artículo sobre la importante novela de Benet *Volverás a Región:* "Una región laberíntica que bien pudiera llamarse España" (6).

6 Gullón deja escrito a propósito de la novela lo siguiente: "Porque en esas ficciones se registra la misma complacencia en la evocación de zonas misteriosas y de figuras deslizantes como sombras por la frontera indecisa entre lo real y lo fantástico, y porque esa indecisión es la marca de un modo de flotar en lo onírico, sin que el lector llegue a estar seguro de cuál es la consistencia de un mundo y de unas gentes en quienes oscuramente se reconoce"

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BENET, J. (1965). *La inspiración y el estilo.* Madrid: Revista de Occidente; Barcelona: Seix Barral, 1973.

BENET, J. (1970a). "Épica, noética, poiética" y "Cordelia Khan". En *Puerta de Tierra.* Barcelona: Seix Barral, 7-60 y 142-167.

BENET, J. (1970b). "Prólogo". En *Las palmeras salvajes,* de William Faulkner. Barcelona: Edhasa/Sudamericana, 1983, 7-16.

BENET, J. (1970c). "Prólogo". En *Alfanhui,* de Rafael Sánchez Ferlosio. Madrid: Salvat, 11-15.

BENET, J. (1970d). "Reflexiones sobre Galdós". *Cuadernos para el Diálogo,* XXIII Extraordinario, diciembre, 13-15.

BENET, J. (1970e). "Respuesta al señor Montero". *Cuadernos para el Diálogo,* XXIII Extraordinario, diciembre, 75-76.

BENET, J. (1973). v. BENET, J. (1965).

BENET, J. (1974). "Juan Benet". En *Literatura y educación* (encuesta realizada por Fernando Lázaro Carreter). Madrid: Castalia, 197-206.

BENET, J. (1976). *El angel del señor abandona a Tobías.* Barcelona: La Gaya Ciencia.

BENET, J. (1978). "Un ensayo: La deuda de la novela hacia el poema religioso de la antigüedad". En *Del pozo y del numa* Barcelona: La Gaya Ciencia, 7-95.

BENET, J. y otros (1970). "A treinta años del siglo XXI: Mesa redonda sobre novela". *Cuadernos para el Diálogo,* XXIII Extraordinario, diciembre, 45-52.

CHICHARRO, A. (1986). "De viejos y jóvenes poetas sociales en la España del medio siglo". *Olvidos de Granada,* XIII, Extraordinario, 151-153.

GULLON, R. (1973), "Una región laberíntica que bien pudiera llamarse España", *Insula,* 319, 3 y 10.

MERINO, J. L. (1983). "Juan Benet" (Entrevista). *Los Cuadernos del Norte,* IV, 17, enero-febrero, 34-41.

NOLENS, L. (1981). "Adiós a Región" (Entrevista con Juan Benet). *Quimera,* 3, enero, 9-13.

NUÑEZ, A. (1969). "Encuentro con Juan Benet". *Insula,* 269, 4.

RODRIGUEZ PADRON, Jorge (1979), "Apuntes para una teoría benetiana". *Insula,* 396-397, noviembre-diciembre, 3 y 5.

ROIG, M. (1975). "El laberinto de Juan Benet". En *Los hechiceros de la palabra.* Barcelona: Martínez Roca, 19-27.

VERNON, K. M. (ed.) (1986). *Juan Benet.* Madrid: Taurus, "El escritor y la crítica".